

NOTAS Y COMENTARIOS

EL HOMBRE ARGENTINO COMO PROBLEMA

Cada poco tiempo, y a propósito de los asuntos más diversos, se escuchan o se leen reflexiones acerca de los rasgos y caracteres del hombre argentino. El tema no es nuevo ni se ha planteado por exigencias de índole académica. El planteo del problema, y asimismo su reiteración en la historia del pensamiento argentino, se agudiza en los tiempos de crisis que, de tanto en tanto, azotan al país. No se trata, bien se advierte, de una cuestión de gabinete que los estudiosos y los escritores puedan abordar con prescindencia de las condiciones históricas, políticas, sociales, económicas y culturales de la Argentina. Otros países también se plantean esta dificultad. Basta recordar el Brasil, México, los Estados Unidos de Norteamérica. El interrogante está condicionado históricamente y depende del momento histórico a que lo refiramos. Supuesto que la historia es continuidad y discontinuidad, tradición e innovación, necesidad y libertad, pasado y novedad, la respuesta a la dificultad no puede ser uniforme. El hombre argentino no es un paradigma extrahistórico con sesgos y caracteres ideales, que se pueda ofrecer prescindiendo de su inserción en la historia real y concreta. Del mismo modo que hay condiciones históricas en el planteo del problema, también las hay en la respuesta o en las respuestas.

¿Cuándo surgió con claridad la dificultad? El interrogante acerca de la fisonomía física y cultural del hombre argentino se levanta en el siglo XIX, cuando las grandes figuras civiles se abocan a la formación de la conciencia nacional. Durante la primera mitad de aquél siglo, hubieron dos actitudes en torno de la formación de la conciencia nacional: la de los hombres de la generación de 1821, unitarios en política, neoclásicos en literatura e ideólogos en filosofía. La ideología es una variante de la filosofía de la ilustración o de las luces. Esta última había penetrado en la historia del pensamiento argentino con algunos hombres de la Revolución de Mayo: Belgrano, Castelli, Vieytes, Moreno, Monteagudo, Moldes. La promoción de gentes de 1821 está representada en lo político por Rivadavia y Lavalle, en las letras por Juan Cruz Varela, Juan Valentín Gómez, Florencio Varela; en la filosofía por Crisóstomo Lafinur, Juan Manuel Fernández de Agüero, Diego Alcorta. Estos hombres buscaron la formación de la conciencia nacional mediante una fuerte voluntad política concentrada en el Estado. Sostienen que las instituciones políticas y sociales están fundadas en la razón humana. Conciben el proceso his-

tórico y sus hechos como funcionamiento de la razón, la ciencia histórica como la reconstrucción racional de ese proceso y esos hechos. Son hombres que no tienen desarrollada la conciencia histórica. Desde el Estado tratan de modelar la conciencia del pueblo, la conciencia nacional. Colocan el Estado antes que la Nación y mediante un hiperdesarrollado afán legislador, que se toma así en legiferante, propio de la filosofía política de la época, tratan de crear la conciencia nacional del país.

La otra vía seguida en la formación de la conciencia nacional durante la primera parte del siglo XIX, es la del historicismo romántico de la generación de 1837, a la que pertenecen hombres como Echeverría, el maestro de esa promoción y sin el cual no se explican las demás figuras: Alberdi, el pensador más profundo de la generación; Sarmiento, el hombre de acción y el realizador; Juan María Gutiérrez, el crítico e historiador literario; Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre, historiadores. Estos hombres pensaban que el fin del proceso histórico está dentro de la historia misma. Habría en la historia un plan humano de carácter teleológico. La historia no se gobierna desde una razón extrahistórica, como decían los hombres de la ilustración y la ideología. Tiene una finalidad inmanente que se realiza en cada pueblo, en cada nación, en cada cultura. Estos hombres pensaron que había un modo argentino de realizar la ley del progreso del espíritu de la humanidad. La nación era, para ellos, anterior al Estado. Se había ido formando en los siglos de vida preindependiente y había hecho eclosión en los años comprendidos entre la Revolución de Mayo y la declaración de la independencia en el Congreso de Tucumán. La formación de la conciencia nacional no dependía tanto de una fuerte voluntad política cuanto de las creencias, usos, preferencias, ideas, lengua, religión del pueblo, a cuyas particularidades los hombres de gobierno y de Estado debían estar atentos.

Ambas generaciones, la de 1821 y la de 1837, poseían una concepción europeísta del hombre argentino, aunque en distinta medida y grado. La primera no sólo rompió los lazos políticos con España, sino que rompió los lazos culturales. Basta recordar su actitud en materia de lengua, literatura, filosofía política. Prefería las influencias francesas. La segunda atendía a las particularidades históricas y geográficas, pero las metas que perseguía eran las mismas que la de la generación de 1821. Proyectaba hacia adelante la imagen del hombre argentino europeizado. La realización concreta de esa imagen europeísta del hombre argentino mediante la inmigración latina, trajo como consecuencia la quiebra de la continuidad étnica hispano-criolla, cierta incongruencia en la situación social de las gentes y cierta invertebración cultural. Aunque algunas figuras de la generación de 1837 renegaron en su juventud de la tradición étnica y espiritual del país, trabajaron con su riqueza espiritual, que les dio su lengua, aciertos, brío y calidad. Recordemos a *Facundo* de Sarmiento.

Con vida dilatada, hombres de la generación del historicismo romántico alcanzaron a ver los resultados de su proyecto. Con desasosiego advirtieron que no se habían cumplido todas las promesas. Adquieren conciencia de la crisis que se produce en el país. Buenos ejemplos de esta situación son Sarmiento y Alberdi. El primero no sólo se plantea el problema de la formación de la con-

ciencia histórica, como en sus años juveniles, sino que se plantea el problema del hombre argentino en su última obra: *Conflictos y armonía de las razas en América*. En esta obra inconclusa y marrada, la cuestión se formula en estos términos: "¿Argentinos? Desde cuándo y hasta dónde, bueno es darse cuenta de ello". Y trata de responder a la pregunta mediante investigaciones étnicas. Algo semejante le ocurre a Alberdi en *Peregrinación de Luz del Día en América*, uno de sus libros de la vejez amarga. Allí muestra que no sólo el argentino no se europeiza según las previsiones de su generación, sino que la cultura del otro mar degenera en la pampa. A partir de este momento el problema del hombre y la cultura argentina comienza a ser punzante. Desde entonces acá, vuelve una y otra vez en los tiempos de crisis.

Otro aspecto tiene esta cuestión: ¿Dónde, en qué sector cultural aparece por primera vez el problema? Se plantea primero en el terreno político, más tarde en el literario y después en la investigación histórica y sociológica. En nuestros días la pregunta se alza en todas las actividades culturales, desde las que tienen un sesgo práctico, como la filosofía política, la sociología, la política, la economía, hasta aquellas que tienen menores urgencias pragmáticas, como la historia, las letras, la antropología cultural, las artes plásticas y musicales, la filosofía, las ciencias. En el terreno político recordemos la dura brega civil de Mitre, Sarmiento, Alberdi, Avellaneda. Y naturalmente, los hombres que no compartían las metas europeístas de aquéllos, que se planteaban en términos disyuntivos: "civilización o barbarie". ¿Quiénes son esos hombres? José Hernández, Estanislao del Campo, Guido Spano, Vicente Quesada, Manuel Sáez y tantos otros. Están animados de un romanticismo social de carácter realista, que reacciona en defensa del hombre nativo frente a la inmigración europea que desubica socialmente a las gentes nativas.

En el terreno literario la conciencia del problema del hombre argentino aparece en el *Martín Fierro*, que es el anti *Facundo* de Sarmiento, donde Hernández muestra la concepción del mundo, los usos y costumbres las creencias e ideas del hombre de la pampa, con sus virtudes y sus defectos, en lucha desigual con los intereses de la ciudad y la inmigración europea. Recordemos también el *Fausto*, de Estanislao del Campo; y *Santos Vega*, de Hilario Ascasubi. Ya en nuestro siglo, cuando el gaucho se ha convertido en peón de estancia, conoce el automóvil y el jardín, hay que mencionar como otra cumbre literaria a *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes. Más tarde el problema se plantea en el terreno de la historia y la sociología. Buenos es señalar aquí algunos autores y obras importantes: José M. Ramos Mejía con sus *Multitudes argentinas*, Juan Agustín García con *La ciudad indiana* y Carlos Octavio Bunge con su libro *Nuestra América*. Otros nombres y otras obras llegan a nuestro recuerdo: *Tradición Nacional*, de Joaquín V. González; *Blasón de Plata y Eurindia*, de Ricardo Rojas; *Estampas del Pasado*, de José Luis Busaniche. Y entre los escritores y libros de imaginación ¿cómo olvidar los nombres de Florencio Sánchez, Gregorio Laferrère, Roberto Payró, cuyas novelas y dramas tratan precisamente del encuentro, choque y asimilación de la vieja Patria hispanocriolla con el clásico influjo de la inmigrante sangre latina y el no menos clásico influjo de la cultura francesa?

En nuestros días, la cuestión del hombre argentino, su imagen, sus rasgos

y destino, es una preocupación general de todos los sectores de actividades culturales. Con perspectiva filosófica se han ocupado de ella Alejandro Korn en *Influencias de las ideas filosóficas en la evolución nacional* y en *Filosofía Argentina*; Coriolano Alberdi en *Deutsche Philosophie in Argentinien*; Juan Luis Guerrero en sus cursos universitarios en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires; Carlos Astrada en su libro *Mito gaucho*; Ricardo Rojas en *Argentinidad*. En la literatura actual, con intuición y reflexión, con aciertos indudables, encontramos a Eduardo Mallea, Jorge Luis Borges, Roberto Arlt, Scalabrini Ortiz, H. A. Murena, Leonardo Castellani. En el dominio del ensayo son inesquivables los nombres de Bernardo Canals Feijoo, Homero Guglielmini, Ezequiel Martínez Estrada, José Luis Romero, Adolfo Prieto, Carlos Mastronardi, Juan José Hernández Arregui, Julio Mafud y tantos otros. En la crítica literaria han rastreado esta cuestión Roberto Giusti, Emilio Soto, Angel Battistessa, Ernesto Sábato. En la historia y crítica de las artes plásticas, José León Pagano, Julio Payró, Romualdo Brughetti. Cuenta también como muy importante la búsqueda del hombre argentino por parte de pintores, escultores, grabadores, músicos y arquitectos.

Otra faceta de la cuestión que consideramos se refiere al modo de plantear el problema. En términos sencillos: ¿Cómo se ha planteado la cuestión? Naturalmente el interrogante no tiene un planteo uniforme a través de la historia argentina, si como hemos dicho está siempre condicionado históricamente. No plantea la dificultad un Juan Agustín García, que indagaba los rasgos psicológicos y espirituales del argentino viejo, el de los siglos XVII y XVIII, de la misma forma que un Carlos Octavio Bunge, que rastreaba aquellos rasgos a través de la formación étnica y biológica del pueblo argentino, o que un Ricardo Rojas, un Alejandro Korn o un Carlos Astrada, que buscan la argentinidad en el sistema de valores y creencias, en el fondo axiológico del pueblo argentino. Pero no sólo existen diferencias en los enfoques y métodos de investigación. Hay diferencias también en la ubicación y contenido de la cuestión según sea el momento histórico en que la consideremos. Hay diferencias notables entre los rasgos del argentino de antes del impacto producido en la sociedad argentina por las corrientes inmigratorias y el argentino después de ese choque y asimilación social. Es muy diferente el argentino de la primera parte del siglo XIX, o si se quiere el hispano-criollo de los siglos XVII y XVIII, y el argentino de 1890 o el argentino de nuestro tiempo. Juan Agustín García caracterizaba al pueblo argentino viejo con los siguientes rasgos: fe en la grandeza futura del país, culto del coraje, pundonor criollo, sentimiento de fidelidad, el desprecio de la ley, el afán de enriquecerse, el sentimiento de la patria y el sentimiento de Dios. En nuestros días el historiador Roberto Levillier señala los siguientes rasgos para el argentino del siglo XVIII: resentido del trato social, fuerte individualismo, susceptibilidad, intransigencia, rencor, temor del ridículo, mentira criolla, disimulo para sustraerse a la crítica, desconfianza, la gana del momento, perspicacia, viveza en la réplica, aptitud para asimilar las ideas, burla de los ideales superiores (leyes y principios), sentido de la ocasión y de la maniobra. Carlos Octavio Bunge habla del argentino de esa misma época y lo presenta con estos rasgos: la pereza o indolencia, la tristeza, la arrogancia, la mentira criolla. Estos caracteres psicológicos resul-

tan de la mezcla étnica de españoles, indios y negros. El autor desarrolla esta interpretación siguiendo las teorías de Darwin. El historiador y crítico Grousac habla de la imprevisión y la ligereza, del espíritu ilimitado (falta de condensación) y en expansión del argentino. José Luis Romero distingue entre la formación hispano-criolla de la época preindependiente, de la formación euro-peísta en los promedios del siglo XIX y del carácter aluvial del pueblo argentino posterior a aquella fecha. Otros ensayistas ponen el acento en la soledad y la esperanza (Scalabrini Ortiz), en el desarraigo (Julio Mafud), en la timidez (Arturo López Peña), la afirmación personal, la corrección, la sobriedad, la mesura (Carlos Mastronardi), el sentido social, etc. Como se advierte, las caracterizaciones varían y están muy lejos de ser uniformes. El tema del hombre argentino no es un tema inalterable por lo mismo que es de entraña histórica. Y son consustanciales al proceso histórico la continuidad, pero también la discontinuidad y la novedad. Los caracteres cambian con el movimiento histórico. En este sentido es de desear estudios bien realizados, con buena base documental y métodos precisos, para abandonar el terreno de las intuiciones parciales y de los ensayos más o menos subjetivos.

Esa falta de rigor histórico en la caracterización del argentino del pasado no es exclusiva de los autores nacionales. También la encontramos en prestigiosos escritores europeos que han visto el tema con ojos no argentinos. Aludimos a Ortega y Gasset y al Conde de Keyserling, entre otros. Podríamos incluir a Américo Castro. En el *Espectador* IV, el primero caracteriza al hombre argentino por su espléndida dosis vital, su porosidad sensible, su actitud respectiva, su inteligencia rápida, su poca precisión, su "parada" o narcisismo, su énfasis, su ausencia de espíritu crítico. En otro estudio, *Intimidaciones... Pam-pa...* y *El hombre a la defensiva* apunta otros rasgos: el argentino es un hombre que no se siente seguro, es superficial, carece de fluidez y espontaneidad, gusta más de representar que de ser, es improvisador y le gusta en forma excesiva su figura y su posición social. El Conde de Keyserling, en sus *Meditaciones sudamericanas*, dice que la Argentina es la tierra de la impulsividad, la cordialidad y la espontaneidad, bien que agrega que la vida del argentino es una vida a la sordina, con rasgos de "snobismo" y rastacuerismo, sentimentalidad y la buena o mala gana en lugar del trabajo y el esfuerzo constantes.

Américo Castro en su libro "Peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico" (1941), afirma que la Argentina, como cualquier país, no es la acumulación de hechos exteriores, sino más bien la expresión de una disposición preexistente. Advierte en nuestro país: 1) una pugna entre los sueños mesiánicos de cultura y la rusticidad de vida y creencia, 2) oscilación entre estos extremos: ¡qué grandes somos! ¡somos un desastre!, 3) fractura lingüística entre lo popular y lo culto, 5) existencia de brío, espontaneidad y voluntad de superación en las gentes, 6) ausencia de una jerarquía de valores morales, políticos, lingüísticos, etc. Julián Marías en un artículo "Promesa y riesgos de Hispanoamérica" (*La Nación*, 27 de agosto de 1961), se manifiesta "optimista respecto a las probabilidades, pesimista respecto a la realidad" de otros países. "No sé dónde han aprendido nuestros países la táctica de los teros, "que en un lao pegan gritos — y en otros ponen los huevos". Allí donde hay un problema real, en lugar de acudir a él, prefieren volverle la espalda, inventar otro

quizá inexistente o epidérmico, y sobre todo buscarle, más que la solución, la "culpa" de ese problema — como si los problemas efectivos fuesen salvo excepciones, culpa de nadie. Cuando así lo han hecho se encuentran satisfechos y aquietados; por lo regular, la culpa es de *otro*; si no hay más remedio, se reconoce que la culpa es interna, pero aún así no se la considera como propia: se la adscribe a un grupo o fracción del país, y así se la *enajena*. Nunca es "nuestra"; siempre es de "ellos" —próximos o lejanos...— Los hispanoamericanos, en la medida en que reconozcan que les pasa algo semejante, argüirán que lo han heredado de los españoles — y así se inicia otra vez el ciclo. Para sus males presentes prefieren, sin embargo, pensar que tienen la culpa de ellos los Estados Unidos...

"Nuestro mundo ha olvidado el viejo consejo, nacido de milenarias experiencias, de preguntarse siempre: *cui prodest?* ¿A quién aprovecha? Si esta pregunta se hiciera perentoriamente y con alguna agudeza se encontraría con bastante frecuencia el verdadero origen —muy lejano del aparente— de innumerables fenómenos de nuestro tiempo, y no sólo, por supuesto, de Hispanoamérica".

Estas caracterizaciones resultan hechas a golpes de intuición. De ahí que estemos siempre al borde de la arbitrariedad, a vuelta de algunos aciertos magníficos. Se ha hablado también de la rapidez mental, de la comprensión periférica, de la preferencia de la riqueza y la política, del sentimiento intelectual un tanto débil, del pragmatismo de corto vuelo. "Tonterías son las ideas que no dan dinero o cargos públicos". Tal sería, para algunos autores, el lema implícito del hombre argentino. Olvidan cierta forma mental manifiestamente intelectualista que place al argentino y que se elabora en el siglo XIX con el señorío de la cultura francesa sobre un fondo de escolástica española y rioplatense. Olvidan el buen sentido criollo elaborados con dichos elementos y el clacisismo de la literatura francesa y el influjo de la inmigración latina.

Consideraciones críticas

Pensamos que el tema del hombre argentino hay que estudiarlo desde el punto de vista histórico y con el máximo rigor y precisión, señalando las variaciones históricas del tema. Con otras palabras: la inserción de la cuestión. *Visión longitudinal*, por decirlo así. Pero cabe también la *visión transversal*: el estudio desde el punto de vista sociológico en una época dada. El comportamiento social del argentino en un período determinado. Dentro de este estudio transversal entran otros enfoques: los distintos niveles sociales. Porque también hay diferencias importantes entre el argentino de las capas altas, de las capas medias y de las capas bajas de la sociedad. Mientras no se realice esta clase de estudios, el tema del hombre argentino seguirá siendo objeto de diagnósticos apresurados, elaborados a base de intuiciones, que no fomentan la ciencia sino la filodoxia, el amor de las opiniones.

No quisiéramos terminar sin puntualizar otra faceta importante de la cuestión. El tema del hombre argentino es visto generalmente a través del hombre de una región: la del puerto de Buenos Aires o la región atlántica, si se quiere, que indudablemente tiene una fisonomía económica, social, polí-

tica y cultural singular y propia. Pero por lo mismo es diferente del argentino de la región Norte del país, donde las viejas esencias hispanocriollas se mantienen inalterables: Santiago del Estero, Tucumán, Salta y Jujuy. Y diferente también del hombre de la zona central, con Córdoba, Catamarca y La Rioja; y del argentino de Cuyo con Mendoza, San Juan y San Luis. Y ni qué decir tiene del hombre de otras zonas argentinas, de la Mesopotamia con Santa Fe, Corrientes y Entre Ríos; del Noreste, con el Chaco, Formosa y Misiones, que han arribado a la argentinidad política en estos últimos años; y de las provincias de la región del Sur. También hay una matización regional del hombre argentino, que se irá acentuando cada vez más, a pesar y mal que le pese a la zona atlántica, porque el buen porvenir de la Argentina marcha hacia su integración zonal en lo económico, lo político, lo social y lo cultural.

Mendoza, 16 de agosto de 1962.

DIEGO F. PRÓ